

—Si me obligan...

—Oye: me amas?

—Sí.

—Irás al baile?

—Que se yo... mamá...

Entonces tuve que recurrir á la *última ratio rerum*, al argumento final de los novios.

—Si me amas no vas.

—Está bien—me contestó ella con una resignacion, que me conmovió.

Con tal mandato me figuraba un Neron tiranizando á su víctima, y mi crueldad me produjo remordimientos amarguísimos. Pero yo habia triunfado, y la satisfaccion del amor propio neutralizaba mis remordimientos.—Pobre muchacha!—decia yo—me quiere mas que yo á ella: yo me fui á pasear con su espresa prohibicion, y ella obedece la mia!..

Para un pretendiente feo y pobre es demasiado orgullo *mandar* á una muger buena moza y medio altanerilla como es Luisa: me creia yo algo, cuando me encontraba bastante fuerte para mandar y ser obedecido.—Esta es la primera ambicion de un amante novel.

Llegó la noche, y las muchachas se encerraron para vestirse: busqué á Luisa y estaba con sus hermanas: quise entrar y se me cerró la puerta; mandé que la llamasen, y se me respondió que estaba ocupada.—Yo fiaba en su promesa; pero esta ocupacion se me hizo sospechosa, y pregunté á una

de las criadas que entraban y salian, lo que estaba haciendo Luisa.

—Se está vistiendo...

—¡Vistiendose!....

Pero no irá—decia yo todavía—á la hora hallará un pretexto y se viste para disimular mejor.

Con este pensamiento consolador me salí al patio á tomar el fresco.

De repente oigo crugir los vestidos y veo salir á todas las tres hijas y la mamá, dirigiendose ya á la puerta de la calle. Luisa estaba mas ataviada y compuesta que todas las demas.—Y sin embargo, no irá—decia yo con la fé de Galileo. Me dirijo á ella y en voz baja le pregunto:

—Pues que ¿vas por fin?

Ella fingiendo no oirme se adelantó, despidiendose de mí en voz alta, y yo no la seguí por respeto á la señora que temia nos observase.

Mil impulsos violentos tuve que contener; y al verla pisar el umbral de la puerta, una lágrima de despecho me brotó del corazon....

Era el primer desengaño, y como primero, el mas horrible de todos. Un momento ántes me enorgullecia mi despotismo; en este instante conocia que me despreciaba y que habia yo sido su juguete.... Nunca he vuelto á pasar cinco horas mas amargas. Cinco horas que pasé en la ventana esperandola para matarla, para agobiarla con mi desprecio, para despedirme de ella y salir de su casa al instante, para arrojarme á sus piés y suplicarle

que no me martirizara otra vez. . . . pocas veces ha tenido mi imaginacion mas calor y mas actividad.

Pocos momentos ántes que llegara resolví no verla ni volver á hablarle jamas aunque fuera preciso escandalizar con mi conducta á toda la casa. Con esta resolucion cerré la ventana y la puerta que daba al corredor, tirandome vestido sobre la cama.

A pocos instantes oí abrir el zaguán y el corazón me palpitó. . . . de alegría: habia vuelto á hallarla, despues de haberla perdido en la imaginacion. Abri violentamente la puerta para verla pasar.

—Aún no se duerme vd?—me preguntaron las otras.

—Estaba leyendo.

Luisa se habia quedado algunos pasos atras: sin decirnos una palabra le tendí yo los brazos y ella me dió un beso en la frente, apartandose precipitada. . . .

Todo habia pasado, todo lo olvidé y volví á creer que me amaba. ¡Ah! si supieran las mugeres todo el imperio que tienen sobre el que las ama; si supieran cuan benéfico puede ser su influjo en un corazón bueno; si supieran hasta qué punto subyugan y embriagan con una sola coquetería, seriamos tan infelices como un condenado ó tan dichosos como los ángeles.

¡Olvidarlo todo por un beso estudiado! . . . ¡alegrarme solo con su presencia y tenderle la mano de reconciliacion cuando tenia yo el convencimiento

de su desprecio y su perfidia! . . . ¿Que tienen las mugeres para amarlas á nuestro pesar, con todas sus manchas, sus defectos, su corrupcion? En los momentos de sangre fria ó de despecho las aborrecemos, protestamos de nuestra debilidad: un momento despues miramos á la mas ingrata y volvemos á adorarla! . . . Y no es el instinto, no es la animalidad la que nos arrastra: el afecto mas puro es el que mas nos domina, el que se perpetúa: se concibe el amor sin la posesion material; veriamos á nuestra amada poseida por otro, y nos conformariamos con que nos dijese—mi corazón es tuyo—y aun cuando fuese una mentira, aun cuando despues llegamos á comprender la falsedad de sus palabras, no por eso dejariamos de amarla. . . . Eloisa y Abelardo se amaban en su impotencia. . . . á la amante muerta se adora con mas veneracion, con mas intimidad, y ya no puede suponerse animado el afecto, ni por la esperanza mas remota. . . . El amor es algo divino, algo incomprendible como Dios.

Habrian pasado diez minutos cuando oí pasos por el corredor y luego dieron en mi puerta dos golpecitos suaves. . . .

Era Luisa, que con los ojos todavia brillantes del baile, despeinada ya y desceñida, venia á verme cubierta con una ligera bata.

—Me he escapado un momento para venir á verte.

No queria yo creer que la tenia en mis brazos, y mi amor crecia con la consideracion del riesgo á que se estaba esponiendo solo por ir á hablarme.

Pero aún me quedaba algo de rencorcillo y no pude callar mi sentimiento.

—Por fin fuiste al baile....

—¿Me amas?.... —preguntóme ella interrumpiendome.

—¡Lo dudas!....

—Entónces no vuelvas á hablarme de esto.

—Por tí yo habria hecho cualquier sacrificio.

—¿Piensas que yo he ido por gusto?.... pero yo no podía decirle á mamá, no quiero ir: hubieran tal vez sospechado el motivo.... y por mí no temo nada: un regaño que sufriria con gusto por tu amor. Pero por tí, que si llegaban á escribirselo á tu tutor, quien sabe lo que hubiera sucedido... ¿No era preciso que nos separaran al momento? Mamá creo que sospecha algo, y si me hubiera quedado, confirma tal vez sus malicias: miéntras que con este pequeño sacrificio aseguramos nuestra dicha, nuestra perpetua union.... ¿Te he hecho sufrir?... ya vengo á compensarte un momento de amargura que yo tambien he pasado, porque te amo mas que tú á mí, que desconfias de mi corazon... (besos.)

—Me hubieras dicho esto ántes...

—¿Y para qué?... para que hubieras cometido una imprudencia que nos comprometiera. El mundo nos ecsige sacrificios que al fin compensa... haz creído por un momento que no te amaba, ¡no es verdad?... ahora me tienes en tus brazos y no habriamos gozado este placer, si no hubieramos pasado esa amargura...

¿Qué podia yo responderle á una muger que me hablaba este language, ó cerraba mis labios con los suyos cuando iba yo á hacerle otra reconvenccion? Era forzoso creerla y la creí.

Poco á poco nuestros cuerpos se fueron estrechando, nuestros alientos se confundian, tenia yo mi mano sobre su corázon y sentia sus latidos.. al entusiasmo de las palabras sucedió un silencio difícil, tempestuoso... no osabamos mirarnos ni decirnos una palabra: ella no tenia fuerzas para arrancarse de mis brazos y cruzando los suyos sobre el pecho me suplicaba con una mirada que no la precipitase... yo me ahogaba de temor y de sed... de repente hizo un impulso para levantarse.

—Dejame.

—No.... le respondí sofocado.

—Van á estrañarme.

—¡No!....

—Si me amas dejame....

Ante una alma incorrupta no se invoca en vano el amor.... La ví alejarse palpitante y asustada, y me conformé con suspirar.—Ahora sé que los hombres que dejan escapar su víctima son llamados imbéciles por ellas mismas.

Aquella noche la pasé soñando como sueña un enamorado que se cree feliz.

¿Me amaba Luisa?—Yo no concibo el amor sin la completa abnegacion: por otra parte no era imposible que hubiese hallado un pretesto, si la mamá sospechaba. Si no encontraba en mí todos los

placeres, evidentemente no me amaba. ¿Pues por qué se hubiera entregado á mí, si yo hubiera sido un hombre ménos noble ó ménos bestia?—No era ciertamente por vicio, por liviandad: era por temperamento, por ocasion: los dos enemigos del pudor mugeril; los dos escollos en que se estrella la fé.. el baile la habia conmovido y yo era el hombre mas prócsimo.... Entónces no era yo bastante filósofo y creí que me amaba.—Dulce creencia que embellece la vida.

La mia fué pasando así tranquila, placentera: despues de esta ocasion ningun otro disgusto vino á turbar la monotonía de nuestros goces. Cada noche, un beso al despedirnos; á la mañana siguiente, otro para saludarnos. Yo no me fastidiaba de estas caricias que me conmovian el alma mas que el cuerpo. Me contentaba con esperar el tiempo de nuestra union, para hacerla legítima sin comprar sus placeres con remordimientos.

Pero mi permanencia en Segovia no habia de ser eterna, por mas que yo lo creyese así en mi alucinamiento. Una mañana fuí al correo, y debí de volver con la cara bien triste, cuando Luisa me preguntó alarmada:

—¿Qué tienes?

Yo le entregué la carta que habia recibido—D. German me escribia que habiendo concluido mis vacaciones me dispusiese á volver.

—¿Y qué me importa el tutor—le decia yo á Luisa en la noche, paseando con ella por el jardín—No me voy, aunque me escriba cien cartas.

—¿Y si te manda llevar à fuerza?

—¿Con qué autoridad? ¿es acaso mi padre?—Sobre todo; ya no quiero volver á Madrid; me quedo aquí. Aprenderé un oficio, me meteré á comerciante, à labrador.... ¿No querrá tu papá emplearme en alguna de sus haciendas?

—¿Por qué no?.... pero....

—Si nos huyéramos los dos....

—¿A dónde, Gabriel?

—A cualquiera parte, á una cueva donde no nos puedan hallar.... ¿Con nuestro amor, que puede faltarnos?....

—Estás delirando.

—Y tú permaneces fria, ya lo veo: no sientes nuestra separacion.

—¿Yo!.... ¿pero que quieres que haga? ¿puedo hacer mas que prometerte ser fiel hasta que podamos casarnos?

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—¿Por nuestro amor?....

—¿Por nuestra dicha!....

Pero estas protestas no bastaban á tranquilizarme. El peligro de perderla me unia mas á ella, y los últimos dias no me separaba un momento de su lado: la seguia yo á todas partes como su sombra. Estaba yo asustado, espantadizo; un ruido inesperado me estremecia: una mirada de los otros me presagiaba un destierro eterno. Los ratos en que me figuraba ya léjos de ella, me parecia el

mundo deshabitado, solitario, triste: me veía yo flotando solo en medio del espacio, sin objeto ni término, con el corazón vacío, y el alma desalentada.

Una, dos y tres cartas me escribió el tutor D. German: yo le escribía, pero nunca le hablaba una palabra de viaje.—¡Con que ligereza corrían las horas....! ¡y cuanto pesar me causaba cada momento que no podía yo pasar junto á Luisa!....

Llegó por fin una mañana en que el papá me hizo llamar á su cuarto: al oír el recado sentí el frío de la muerte; pero fuí porque era preciso.

—Mi amigo D. German, me encarga que envíe á vd. cuanto ántes, para que no pierda tiempo: ya he dado órdenes para que tenga vd. sus cosas listas, y pasado mañana partirá.

—Pero....

—El boleto de la diligencia está tomado según la orden espresa de mi amigo, y toda dilación me parece imposible.... Siento ser yo mismo quien lo violenta á dejar mi casa, donde apreciaria tenerlo siempre; pero por otra parte vd. no debe perder el tiempo, ni yo consentirlo. Con que dispóngase vd., que pasado mañana será la partida: á bien que le queda á vd. ocasión, y siempre que quiera vd. honrar esta su casa, será muy bien recibido.

La suerte estaba ya fijada.

A no ser mi índole siempre pacífica y calmada, habría yo hecho un disparate; hubiera por lo ménos intentado realizar mi pensamiento de fuga, que era el dominante, entre los mil proyectos locos que surgían en mi imaginación.

Si alguna vez he sido capaz de desesperarme, estaba yo desesperado.... Cuando ve uno la desgracia inminente pero capaz de remedio, que uno no encuentra, se desespera de su impotencia; cuando es ya irremediable la calma de la resignación sucede á los pensamientos borrascosos.

Este día y el siguiente fueron insufribles; por no dejar conocer mi inquietud, y porque en ninguna parte estaba yo tranquilo ni distraído un solo momento: me salía yo á andar desatinado, hasta que el cansancio material me obligaba á volver.

La víspera del viaje, en la tarde, estábamos en el jardín, y como siempre, Luisa y yo nos habíamos apartado de los demás.—Estábamos apurando todo el sentimentalismo que Dios nos había dado, al hacernos las últimas promesas de constante fidelidad.—De repente, y cuando más entusiasmo tenía yo, me hizo Luisa la réplica más original.... que hasta ahora comprendo.

—Esto es—me dijo—si no me olvidas por la Mariquita.

Mariquita era una de las muchachas con quienes vivía yo en Madrid.

—¿Qué dices?... ¿me crees capaz?...

—Pero ella es bastante bonita para satisfacer todos tus deseos.

—¡Todos!.... si fueras tú....

—¡Yo, Gabriell.... ¡yo!.... ¿sabes? si no te amara tanto, no volvería ni á hablarte.

Me sorprendió este lenguaje, porque al pronunciar yo las últimas palabras, mis labios y mi corazón habían quedado puros; no había yo comprendido ni lo que ella me dijo, ni lo que yo le repliqué. Yo atemorizado, ella enfadada, nos separamos, para volvernos á reunir dentro de pocos instantes.

—¿No podremos volver á hablarnos esta noche?—le dije aprovechando un momento—La diligencia saldrá temprano, y acaso no tendremos ni ocasión de despedirnos.

—Cuando mamá se haya acostado iré á verte á tu cuarto, pero con una condicion.

—¡Oh! la que quieras.

—Que no me has de hablar de lo de esta tarde....

¿Pero que le había yo dicho?.... nada sino que la amaba yo mas que á todas las mugeres y este no era un delito.

¿No fué una desgracia caer en manos de esta muger, cuando apenas acababa yo de librarme de las de Agustina? Mi candor, mi ignorancia me salvaban entónces; pero despues que he analizado, ó si se quiere, mal interpretado aquellas escenas, he perdido lo que se llama las ilusiones respecto de la muger, aunque mi carácter y mis hábitos me hayan inclinado á guardarles de hecho todo el respeto y la veneracion de un poeta, de un Quijote.

¿Pues cuando le habia yo dicho á Luisa una sola palabra que pudiera ofender su pudor? ¿cual de

mis deseos no hubiera podido satisfacer la jóven mas delicada? Hablarme ella la primera y ofenderse despues, poniendome por condicion de su visita, un silencio cuya oportunidad ni comprendia, ¿no era obligarme á que siquiera por curiosidad procurase descubrir el misterio de aquella prohibicion?—Quince dias ántes no me hubiera hablado de este modo, ni habria consentido que yo le hablara, pero la vispera de marcharme ella buscó la ocasion ¿por que?—Porque no tendria ya que ruborizarse de mí con la luz del siguiente dia; porque se veia libre de mí en el momento necesario; y porque en fin, sabiendo cuan difícil era mi vuelta á Segovia, quedaba libre del peligro de una imprudencia, desde el mismo instante de haber gozado el placer.

Hasta ahora me esplico esto segun las buenas ó malas teorías que me ha enseñado la práctica del mundo; pero desde entónces hicieron mella en el instinto estas escenas que me dejaron á los pocos dias desconsolado y triste, sin saber por qué.

No acostumbrando levantarse temprano, los papás se despidieron de mí ántes de acostarse; quedando encargadas las niñas de dispensarme los últimos cuidados.

Desde que me retiré á mi cuarto, ni respiraba recio para no despertar á los que deseaba yo que durmieran profunda y prontamente.—A cada instante me palpitaba el corazón; á cada instante pensaba oír los pasos de Luisa.... cada minuto era un siglo; y me ahogaban la inquietud, la zozobra,

el temor, todos los afectos que se levantaban en tumulto para combatirme.... Uno de los pensamientos que me ocurrió en aquel intermedio fué el de matarla y matarme: así eternizaba yo nuestra union. Pero por fortuna no soy capaz de matar un pollo.

Por fin, al verla entrar me arrojé frenético à sus brazos; pero al percibir à una de las hermanas que la seguía, me quedé sorprendido, estático, frío....

—No tengas cuidado, lo sabe todo—me dijo en voz baja.

La hermana se sonrió dandome las buenas noches.

¡Haber descubierto nuestro secreto cuando habia sido una de mis primeras condiciones, uno de mis ruegos constantes!.... Esté solo desengaño me quitó la mitad del entusiasmo. Ahora ¿para que traer la hermana? ni siquiera para hablar tendríamos libertad en los momentos mas interesantes.

La hermana que habia ido *pro fórmula*, se acostó en un canapé al otro extremo del cuarto. Yo medio recostado en la cama tenia abrazada à Luisa, que sentada à la orilla apoyaba sus piés sobre un taburete.

¿Que hablamos en toda la noche? Nada.—En los instantes supremos, no basta el lenguaje comun: ni aun los besos eran tan frecuentes. Un silencio profundo; una inmovilidad completa.... Cuando nos despertabamos de una especie de letargo que nos adormecía, una presion repentina, una cesacer-

vacion del sostenido abrazo que nos unía, era el único signo de inteligencia y amor.... Ecstasis deliciosos de qué solo volví para asegurarme de que aún la tenia entre mis brazos: abria los párpados para dirigirle una mirada tiernísima, y volvíamos à caer en nuestra embriaguez.

La luz descuidada producía un resplandor rojizo opaco que desfiguraba las sombras; el silencio y la quietud eran profundas... estaban pasando con su pesada lentitud las últimas horas de la noche; horas en que el cuerpo cede à la fatiga. Yo me habia quedado adormecido y lo mismo Luisa, que descansaba su cabeza sobre mi cuello confundiendo las respiraciones.

Las primeras campanadas del alba nos despertaron sobresaltados: simultáneamente abrimos los ojos, y nos clavamos una mirada.... la última.

La aurora comenzó à señalarse] por las hendiduras de la ventana, y la abrimos para refrescarnos. La hermana se levantó y vino hácia nosotros con la sonrisa en los lábios.

—¿Que han hecho?—nos preguntó.

—Hemos platicado—le respondí con humildad.

—Yo he dormido—replicó ella—como nunca: no creía que fuese tan cómodo ese canapé.

Esta declaracion espontánea revelaba una experiencia de 40 años, y sin embargo no tenia 18 la que la hacía—Las mugeres son sabias por instinto.

Por mi parte este rasgo de prudencia era inútil; cuánto hablamos y cuánto hicimos pudo haberlo

visto sin ruborizarse, ni tener que reprendernos.

¡Tanta ocasion y tanta virtud!... Me declaro un espíritu puro, ó un animal con todos sus cuatro piés.

Eso de beberse las lágrimas que tan frecuentemente les sucede à los poetas elegiacos y à los románticos de novela, me sucedió à mí por la primera y última vez en esta mañana. La luz apacible de la aurora debió de entermecerme, y tan pronto como estuve sentado à la mesa para tomar junto à ella mi último desayuno, el corazón se me comenzó à derretir por los ojos. La fortuna que solo la hermana estaba despierta, y podíamos confundir libremente nuestro llanto y nuestros suspiros.

Ella misma puso la azúcar en mi taza de té, lo probó, y como à un enfermo à quien se ruega que no se deje morir de hambre, me instaba con ternura para que bebiese algo. Era imposible; la garganta no le hubiera dado paso ni à una sola gota de agua.

Las siete iban à dar, y la diligencia me esperaba.

El primer abrazo duró cinco minutos; y aquí fué donde deveras se mezclaron nuestras lágrimas y se confundieron nuestros sollozos. La misma hermana que nos veía llegó à entermecerse, y la ví enjugarse los ojos... Tal vez compadecía al pobre colegial, que habia sido el juguete de su hermana. Las mugeres son un conjunto incomprensible de sensibilidad y perfidia.

El segundo abrazo fué en el patio; el tercero en

el zaguan. Al doblar la esquina volví la cara y ví su mano que me saludaba.

Al primer latigazo del conductor mis ojos se nublaron. La eternidad apareció delante de mí, y me dejé arrastrar como si me hubieran llevado desterrado à la Siberia.

Los compañeros de viage me miraban llorar y me compadecían.

Octubre.

Ya estoy en Madrid de vuelta, sin tener siquiera à quien comunicar mi tristeza. Escenas que ayer mismo pasaron me parecen tan lejanas como si dataran de un siglo; tan vagas así son las ideas y los recuerdos que me han quedado: el tiempo y la distancia que me separan de ella son inmensas; creo que no volveré à verla, y un desaliento íntimo me molesta mas que si me agitara una inquietud violenta. Mi consuelo único es escribirle.

¿Escribir un enamorado, y colegial, y medio bestia?... Por cierto que deben ser divertidas esas cartas; tan divertidas, que hoy pagaria yo à peso de oro cada una de todas las que escribí en mi primera juventud.

Es de suponerse que una de las promesas principales consistió en que nos escribiríamos todos los dias si era posible. Yo comencé la primera carta tan pronto como estuve solo en mi cuarto: tenia necesidad de vaciar mi corazón en el papel, para mandárselo bajo de sobre por el correo.

Que cartas!.. que cartas!.. Todos los signos ortográficos quedaban agotados en cada una de ellas: admiraciones, puntos suspensivos, interrogaciones.. y hasta manecillas y citas les hubiera yo puesto, si hubiera sabido pintarlas.

Es preciso terminar esta historia con el último rasgo de mi necesidad. Ocurrióme la idea de no quedarme sin una copia de todas las cartas que escribia; y en tanto las apreciaba que no quise esponerme á truncar tan bella coleccion, formandola en papeles sueltos; así que, me determiné á comprar un libro, como los que habia yo visto en algunas tiendas. Me eché á buscarlo, y ciertamente habria comprado cosa mejor; pero no tuve bastante sino para comprar uno de esos libros forrados de badana colorada, en que los mesoneros apuntan la paja y la cebada: probablemente era parecido á aquel que le sirvió al ventero para armar caballero á D. Quijote.

Mi vocacion á escribir se manifestó bien temprano: en mes y medio que duró apénas nuestra correspondencia epistolar, llené casi el libro, que tenia, mas de cincuenta hojas. Yo pienso que esta mi fecundidad fué uno de los motivos que precipitaron el final de mis relaciones; porque á falta de dinero no franqueaba mis cartas, y enviando una cada dia y voluminosa, tal vez no alcanzaban los ahorrillos de Luisa para un gasto tan subido.

Sea lo que fuere; yo no recibí su primera carta sino ocho ó diez dias despues de separados. Al ver

su letra, y al leer en el final—*tu Luisa*—sentí renacer todos mis placeres, y se renovaron todos los pesares de la separacion. Mi furor epistolar redobló, y si mucho le escribí ántes, despues me faltaba papel y tiempo, para decirle cuanto sentia.

No obstante mi entusiasmo, ella me respondia cada vez con mas frialdad, y mas atraso: hubo semana que dejó de escribirme, y en fin, la última carta no tenia mas de cuatro renglones y acababa con—*tu servidora*.—Viendo yo esto dejé de escribirle insensiblemente hasta quedar en el mas perfecto silencio.

Así terminaron mis primeros amores, sin motivo, sin causa: en fuerza solo de la ausencia, que si es verdad que acrisola el amor, yo no lo tenia; y en todo caso me atengo al refrán—ojos que no ven, corazon que no siente.

Por último; si mas tarde hallé la esplicacion de todo esto, ni tengo rencor á esa muger, ni la culpo. Me dijo que me amaba por compasion—se lo agradezco sinceramente—y cuando me creyó consolado me abandonó; nada mas natural. A ella la habían engañado una vez y harto hizo con no vengarse ne mí de una manera mas cruel.